



De todo lo visible y lo invisible

VENERABLE MAESTRO,
QUERIDOS HERMANOS Y HERMANAS EN
VUESTROS GRADOS Y OFICIOS:

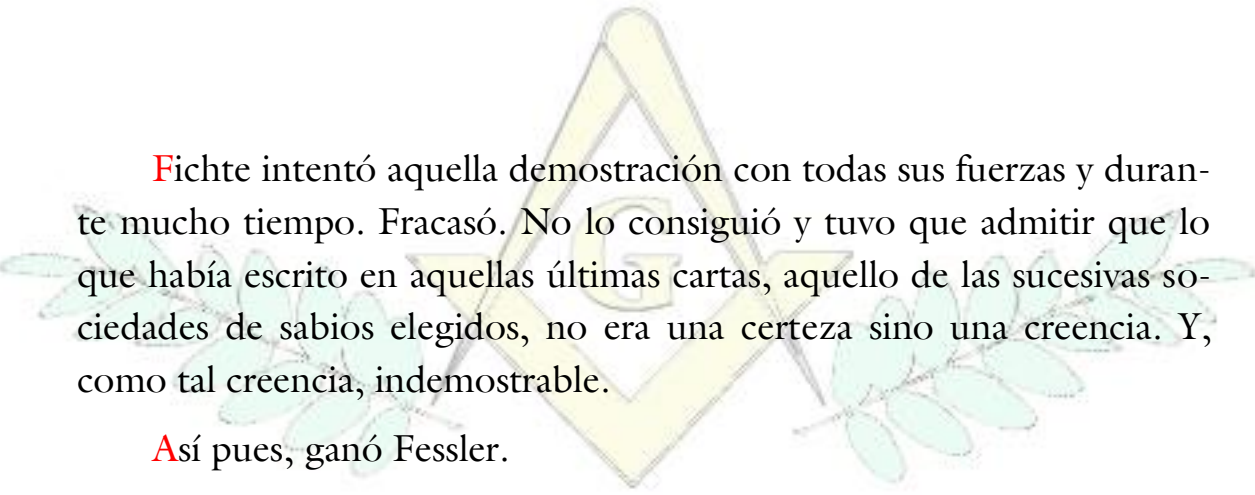
UNO de los más deslumbrantes libros sobre Masonería que he leído, y que recomiendo vivamente a todos mis hermanos y hermanas, es *Filosofía de la Masonería. Cartas a Konstant*, escrito por nuestro Q. H. Johann Gottlieb Fichte. Muchos conoceréis ese libro pero otros seguramente no. Nuestro hermano Fichte es uno de los más seguros caminos que llevan desde las fuentes de Kant hasta los ríos de Schelling y Hegel. Sin Fichte no habría existido el idealismo alemán y nadie discute que es uno de los pensadores más importantes de la historia, estemos de acuerdo o no con sus planteamientos ahora, cuando el año próximo van a cumplirse dos siglos de su paso al O. E.

En ese libro prodigioso, Fichte sigue la moda literaria de la época y se inventa un personaje, Konstant, al que escribe dieciséis cartas. En todas ellas estimula a ese imaginario Konstant a pensar sobre qué es y, desde luego, sobre qué no es la Masonería, partiendo del supuesto de que Konstant está interesado en el asunto pero no es un iniciado. Fichte escribe, pues, al lector, al que podríamos haber sido cualquiera de nosotros antes de cruzar esas puertas por primera vez. Son reflexiones que, más de doscientos años después (las cartas se publicaron entre 1802 y 1803), siguen siendo apasionantes y un verdadero reto para la musculatura intelectual de cualquiera de nosotros. No voy a desvelar qué dicen porque me gustaría que mis hermanos disfrutasen de esa lectura tanto como disfruté yo.

Pero algo muy curioso pasa. En la decimotercera carta, Fichte se lanza por fin a una idea que ha ido sugiriendo en las páginas anteriores y comienza a explicarle a Konstant que a lo largo de los tiempos ha existido un grupo de elegidos que poseían un conocimiento superior, y que sólo de vez en cuando transmitían al resto de los humanos alguna muestra de su arcana sabiduría. La masonería sería, para Fichte, el último nombre que ha recibido en la historia humana ese conjunto de sabios en contacto con lo celeste.

En la edición española del libro, publicada por la editorial Istmo, se incluye un verdadero tesoro: las reacciones que provocó aquello en otros masones no menos ilustres, como el también filósofo y alemán Ignaz Aurelius Fessler, que no podía creer lo que estaba leyendo. La correspondencia entre Fichte y Fessler es sabrosísima. Ambos pensadores, carta tras carta, se llaman uno a otro “Querido hermano” y se ponen, mutua y fraternalmente, como hoja de perejil. La argumentación de Fessler, tan brillante como la de su antagonista hermano masón, puede resumirse en una frase: “Si crees en esos cuentos, *demuéstralo*”.

Eso fue fatal porque Fichte, además de filósofo ilustrado, era alemán, y un filósofo alemán de principios del XIX no podía negarse a probar racional y empíricamente sus afirmaciones sin quedar desacreditado ante todos y, esto era lo peor, ante sí mismo.



Fichte intentó aquella demostración con todas sus fuerzas y durante mucho tiempo. Fracásó. No lo consiguió y tuvo que admitir que lo que había escrito en aquellas últimas cartas, aquello de las sucesivas sociedades de sabios elegidos, no era una certeza sino una creencia. Y, como tal creencia, indemostrable.

Así pues, ganó Fessler.

¿Seguro?

Habría ganado el racionalista Fessler si ese debate se hubiese producido en un club, en una asociación de burgueses ilustrados, en una sociedad filosófica o, sin ir más lejos, en nuestro querido Ateneo de Madrid. Pero no fue así. Se produjo en el seno de la Masonería. Y yo creo que, entre masones, esa victoria de Fessler no fue tal.

La controversia entre fe y razón, entre ciencia y magia (o, si lo preferís, entre ciencia y creencia), es tan vieja como el ser humano y no tiene solución, o al menos yo no la encuentro. Y no la tiene porque, en la inmensa mayoría de los casos y de las sucesivas civilizaciones humanas, ambas posiciones se han mostrado mutuamente excluyentes. E intransigentes.

Desde la filosofía del bachillerato sabemos que hay tres grados básicos de aproximación a la realidad.

La opinión es algo que yo pienso y tengo por cierto, pero que no puedo demostrar y que tampoco resulta especialmente trascendental para mí, porque puedo cambiarla sin demasiados contratiempos. Por ejemplo: Cristiano Ronaldo es el mejor jugador de fútbol de la historia.

La convicción y/o creencia es algo que tampoco puedo demostrar, pero que sí resulta indispensable para mi manera de entender la vida, porque esa creencia le da sentido. Es el fundamento de toda religión. El ejemplo más clásico es la frase “Dios existe”.

Por último, la certeza es algo en lo que no necesito creer, porque es empíricamente demostrable y no está sujeto a opiniones: dos y dos son cuatro. La búsqueda de certezas es el objetivo de la ciencia.

La más larga y jamás concluida batalla de la humanidad procede de la determinación, que muchas personas han tenido y tienen, de que sus creencias se vuelvan obligatorias para todos, es decir, que todo el mundo las tome por certezas aunque no cumplan la condición inexcusable de que se las pueda demostrar. Porque atención: aunque una creencia fuese compartida por toda la humanidad no se convertiría por eso en una certeza. Las certezas no son democráticas ni funcionan por mayorías absolutas. Hay que probarlas.

La idea de Dios nace para explicar lo inexplicado, para dotar de sentido e identidad a un ser humano que se siente débil e inseguro ante un mundo hostil y desconocido, y para esparcir la idea de paz, de acogimiento, de concordia y de esperanza entre las gentes. La misma etimología del término religión, tomada de Lucio Firmiano Lactancio, lo explica: religión viene de *re-ligare*, es decir, de volver a unir lo que estaba separado.

Así las cosas, estremece darse cuenta de que precisamente esa idea, la de Dios, en cualquiera de sus formas, es la que más sangre ha hecho correr en el mundo en los últimos diez mil años. Los hombres se han matado entre sí por muchas cosas, pero la más frecuente ha sido la defensa de las propias creencias frente a las creencias de los demás... o frente a su falta de creencias. Es decir, la voluntad de imponer a todos sus propias creencias. Esa interminable “guerra de religión” sigue perfectamente viva hoy, como podemos comprobar todos los días en los periódicos.

La idea de Dios no es innata, pero sí culturalmente inmediata. Quiero decir que un niño podrá nacer blanco o negro, rubio o moreno, diestro o zurdo, pero no nace creyente ni tampoco ateo. Ahora bien, la sociedad en la que nace, cuya primera célula es la familia, lo llevará al hecho religioso antes siquiera de que se dé cuenta, y esto por una razón muy clara: todas, absolutamente todas las civilizaciones que se han sucedido a lo largo de la historia humana se han dotado de sus propios dioses para lograr lo que antes he dicho: la explicación de lo inexplicado, la identidad, la sensación de filiación compartida, la paz, la armonía y sobre todo la esperanza.

Quiero decir con esto que al agnosticismo, al ateísmo o incluso al apateísmo se llega (si es que se llega) con más dificultad que a la creencia religiosa, puesto que para no creer es culturalmente inevitable haber creído antes. Se haya nacido donde y cuando se haya nacido.

Los resultados de la no creencia religiosa son muy variados, pero llama la atención su muy frecuente variedad extrema: la del ateo no sólo convencido de la inexistencia de Dios (si no fuese así no sería ateo) sino que, sintiéndose no sin motivo parte de una minoría, reacciona primero con desprecio, después con agresividad, hacia los creyentes. No soporta a los que creen, del mismo modo que en el otro extremo de la misma locura muchos no soportan a quienes no creen. Quiero convencerme de que es una posición minoritaria; pero cuando no lo ha sido, el fanatismo de los ateos, convertido casi en una “creencia en la increencia”, ha generado mares de sangre y de sufrimiento tan feroces como el fanatismo religioso. Ahí están los ejemplos de la Unión Soviética, China o Camboya. Las consecuencias históricas de la frase “la religión es el opio del pueblo” (las consecuencias; no la frase en sí misma) no han sido menos atroces que la de la frase “fuera de la Iglesia no hay salvación”.

Hasta hoy ha sido imposible demostrar empíricamente la existencia de Dios y de todas las ideas semejantes, esotéricas, mágicas, astrológicas o gnósticas, como muy bien pudo comprobar nuestro Q. H. Fichte. A mí eso me parece magnífico, una verdadera bendición para los creyentes. Ha habido algunas personas a las que en broma llamaré insensatos, como Tomás de Aquino o Anselmo de Canterbury entre varios más, que intentaron demostrar racionalmente la existencia de Dios. Menos mal que no lo consiguieron. Y digo que menos mal porque, de haberlo logrado, Dios sería hoy una realidad empírica que se estudiaría en las universidades, quizá en las facultades de Física o de Sociología, y no en los templos. No existirían los creyentes, o no se les llamaría así, como no se llama creyentes a quienes *saben* de la existencia de la Ley de la Gravitación Universal. Dios no sería una opción, una creencia, sino una certeza. Es decir: habría desaparecido el libre albedrío de creer o no creer, y con él se acabaría nada menos que la fe, que

es el motor mismo de la religión, lo que insufla en el alma de los creyentes la bondad y sobre todo la esperanza. La fe, que es el primer y esencial presupuesto de todas las religiones: “Creed en mí y seréis salvos”; “sólo quienes crean alcanzarán el Reino de los Cielos”; “la vida de los que en Ti creemos, Señor, no termina, se transforma”. La fe esencial que, llevada a su extremo, es tan peligrosa como la ausencia de fe llevada al mismo extremo.

No voy a caer en la trampa de tantos teólogos, que arguyen que es tan imposible demostrar la existencia de Dios como demostrar su inexistencia, con lo cual el partido estaría empatado a cero. Eso es una estafa lógica. No hay que demostrar que algo no existe, sino que algo existe. En derecho se llama eso “la carga de la prueba”. En Filosofía, es muy famosa la broma de la “tetera de Russell”. El gran filósofo británico Bertrand Russell estuvo en un tris de fundar una nueva y humorística religión cuyo dios sería una diminuta tetera que orbita entre Marte y la Tierra. Nadie la ha visto, desde luego, pero... es imposible demostrar que no exista. Lo mismo que sucede con todos los dioses habidos y por haber.

Fuera de esas puertas, Ignaz Fessler habría ganado la partida a Fichte. Fuera de esas puertas, quienes sostienen que el mundo funciona gracias a una transmisión de energías se tropezarán con quienes argumentan que, en Física, las dos únicas energías que pueden transmitirse son la cinética y la calórica, y que lo demás son cuentos. Fuera de esas puertas, los creyentes en las más variadas creencias seguramente dirán: “Es que tú no conoces el poder de la sabiduría oculta”, y los de enfrente replicarán: “Y tú tampoco. Si lo conoces, demuéstalo”. Fuera de esas puertas, los creyentes mantendrán que los conocimientos y fuerzas en las que ellos creen funcionan cierta e inexorablemente, incluso para quienes no comparten sus creencias, sin que pueda evitarlo nadie; y los no creyentes repetirán una vez más: “Demuéstralo. Yo no lo veo”.

En fin: fuera de esas puertas no hay forma humana de que ambos contendientes se pongan de acuerdo, porque los creyentes, precisamente por serlo, estarán convencidos de que les asiste la verdad, y que esa verdad no debe ser revisada, y no pocos de ellos tratarán de imponer

esa verdad suya a quienes no la admiten. Y los racionalistas, que saben que ni uno solo de sus axiomas científicos está a salvo de la crítica y de la revisión analítica (tampoco el “dos y dos son cuatro”), defenderán su posición con parecida intransigencia, meterán a todos los creyentes, del tipo que sean, en el mismo saco, y probablemente los tratarán por igual. Fuera de esas puertas, los creyentes repetirán por millonésima vez: “Todo lo que existe, la misma materia, tiene que haber sido creado por alguien anterior a todo, necesariamente eterno, y ese alguien es Dios”. Y los no creyentes replicarán, también por millonésima vez, que a ver por qué lo eterno no puede ser precisamente la materia, y que la hipótesis de un Dios creador no es en absoluto necesaria para explicar el mundo y el universo, porque bastan las leyes de la Física. Y vuelta a empezar, unos dirán que sí, otros que no, y la batalla más vieja de la humanidad continuará su curso como viene haciendo desde el día en que un tipo vestido con pieles dijo que el rayo caía por causas naturales y otro tipo le llamó hereje y le atizó un estacazo.

Pero todo eso sucede fuera de esas puertas. No aquí. Por eso no ganó Fessler a Fichte.

Os habla un hermano que se considera racionalista. Os habla un hermano que ya no tiene creencias religiosas, aunque las ha tenido; y que hoy no presume ni de lo uno ni de lo otro. Os habla un hermano interesado desde niño por la historia y por la filosofía, y desde luego también por el hecho religioso y por su evolución a lo largo de los tiempos.

Este hermano vuestro sabe ya bien que lo que mueve al hombre a buscar cosas nuevas es, en primer lugar, su ansia intrínseca de saber (el ser humano es el único animal que se hace preguntas) e, inmediatamente después, la búsqueda de su propia felicidad. Unos la buscan a través de las creencias y otros a través de las certezas. Unos por la fe y otros por la razón. Los creyentes suelen hallar su paz con mucha más facilidad que los no creyentes, porque la mayoría de las grandes religiones no plantean preguntas sino que ofrecen respuestas que no necesitan –o no deben– ser discutidas. Los no creyentes, en cambio, viven en la perpetua duda, porque no hay un solo axioma científico que al-

cance la categoría de dogma, y las certezas científicas de hoy fueron ayer teorías y mañana serán ilustres escombros rebatidos por otras certezas, como pasó con la geometría de Euclides.

Pero los masones no estamos en este lugar para vencer ni para convencer a nadie. Ni siquiera para tener razón. Los masones trabajamos aquí para perfeccionarnos a nosotros mismos, para hacernos mejores personas, y para lograr que la sociedad en que vivimos sea también mejor. Y eso gracias a nuestra defensa de la libertad, a nuestro empeño en la igualdad y a nuestra voluntad ejerciente de fraternidad. Esas tres metas están, creo yo, por encima de creencias o increencias. Puede que la más vieja pregunta de la humanidad, la de razón o fe, sea más grande que nuestra triple divisa. Pero tengo claro que no es más útil. Porque nuestro trabajo aquí, cuando se hace bien, logra que las personas sean mejores, más tolerantes, más conscientes y más dignas. Fuera de esas puertas, la cosa cambia bastante.

Hoy es el día en que yo no sé a ciencia cierta si la mayoría de mis hermanos son cristianos, protestantes, gnósticos, esoteristas, veganos, wiccanos, bahais, agnósticos, existencialistas, neopositivistas, ateos o si se agregan a la nutrida casilla del “no sabe / no contesta”. No lo sé. Y la verdad es que no me importa, como tampoco me importa saber a qué partido vota cada cual. Yo no estoy aquí para ocuparme de eso, y creo que vosotros tampoco. Porque la masonería trabaja por el progreso de las personas y de la sociedad, y para eso acoge y usa, como decía el antiguo Credo católico de Nicea (y escojo la cita con toda intención), *visibilium omnium et invisibilium*; es decir, “de todo lo visible y lo invisible”. De lo que unos creen con su fe y de lo que otros saben con su certeza.

Algunos de mis hermanos escogen, como Fichte, el camino de los saberes arcanos y de las llamadas ciencias ocultas. Otros, como Fessler, elegimos el camino de la razón y las ciencias empíricas. Pero lo importante no es eso. Lo importante es que los dos caminos, aquí dentro y sólo aquí, *llevan al mismo sitio*, que es el progreso iniciático de cada uno de nosotros y de todos juntos. No hay disputas aquí, no hay controversias y, por lo tanto, no hay victorias. Nadie pretende derribar al

adversario ni dejarle sin palabras ni muchísimo menos imponerle su propia manera de pensar, ni en lo personal ni en lo ritual. Por eso Fessler no ganó, al menos entre la escuadra y el compás: ahí no se gana ni se pierde. Por eso es muy posible que, a base de pulir y pulir la propia piedra, de escuchar a los demás y de sacar todas nuestras propias conclusiones según el Método Masónico, algún creyente convencido aprenda a poner en duda sus creencias, lo mismo que quizá algún ateo no menos convencido empiece a pensar de otra manera sobre la espiritualidad. Y, tanto si eso ocurre como si no (es probable que, en cualquiera de los dos casos, los demás no nos enteremos nunca), todos nos ejercitaremos en algo tan difícil, tan trabajoso a veces y tan escaso hoy día como es el respeto, la tolerancia, la empatía y la fraternidad.

Porque aquí, con nuestro ansia de saber más y ser mejores, trabajamos lo que nos une, no lo que nos separa. Por eso estamos en Masonería y no en otro sitio. Así pues, no permitamos nunca que nadie, ni fuera ni tampoco dentro de aquí, nos estorbe en esto que hacemos (*gesto de tallar la piedra*). Preservemos en todo su inmenso valor el tesoro que tenemos. Dejemos siempre que la masonería nos ayude a hacer en nosotros, golpe a golpe del mazo y del cincel sobre la piedra, nuestro lento, viejo, firme y sabio trabajo.

He dicho.

Al Or.. de Madrid, el día 29 del IX mes del año 6013 (v.. L..)

CARRETERO